

espacio, de bogar en las diafanidades nítidas del infinito. Y se eleva y desaparece muy luego. Va en busca de las brillantes gotas de rocío, de los vívidos resplandores del luminar eterno. Y sube, hasta que un flechazo de luz rojiza la hiere en su ascenso y espira en los pliegues de una nube.

¿En qué punto del espacio, en qué lugar de lo misteriosamente desconocido se encontraron el águila que sube y el lobo que baja? No sé; pero afirmad que en el obscuro paraje en que chocaron estos dos espíritus, nació una estrella.

Carlos Díaz Dufío.

## EL HOMICIDIO DE LA SRA. AUBRY

### DOCUMENTO DEL PROCESO

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]



DESPUES de todo, prefiero hacer mi confesión en algunas líneas precisas, antes que sufrir la tortura ó, cuando menos, el fastidio de los interrogatorios de estos dos majaderos solemnes: el juez de instrucción y el presidente del tribunal. A uno y otro los he sentado, aménudo, en mi mesa, en los tiempos en que era rico y libre, para no encontrarme edificado acerca de su inteligencia y penetración. Que lean atentamente esta memoria, y dénme gracias por haberles ahorrado, al mismo tiempo que un esfuerzo de espíritu que podría comprometer sus digestiones, el ridículo de las preguntas torpes que no dejarían de dirigirme.

Así, pues, he matado á mi mujer. Para ilustrar al jurado, voy á recordar, de un modo sumario, las circunstancias exteriores del crimen.

Habíamos asistido, la Sra. Aubry y yo, á la *soirée* musical ofrecida por el tesorero. Las personas que se hallaban con nosotros no habían podido observar entre ella y yo ningún signo de mala inteligencia ó de irritación. Nuestro ayuda de cámara que nos esperaba en la casa, ha declarado igualmente, que no vió nada de anormal en nuestros actos, hasta el momento en que nos dejó, después de habernos servido una lijera cena y haber recibido mis órdenes para el

día siguiente. Una hora más tarde, poco más ó menos, como á las dos y cuarto de la madrugada, fué cuando el ruido de tres detonaciones despertó á nuestras gentes; al acudir á la recámara, encontraron á la Sra. Aubry tendida, en camisa, al pie del lecho, con la garganta ensangrentada por tres heridas, y á mí, de frac, con un revólver en la mano, apoyado en la chimenea.

No se podía abrigar duda alguna sobre quien era el matador. Además, yo no negué nada. Me dejé conducir á la cárcel y declaré que había matado á mi mujer porque me engañaba. Cuando se me preguntó como había adquirido la certeza de mi deshonor, rehusé contestar, y hasta este momento he persistido en mi negativa. Hoy, sin embargo, me resuelvo á ofrecer mis razones. Las ofrezco no obstante sin ninguna ilusión. Son de naturaleza demasiado especial para que puedan ser comprendidas por los doce excelentes tontos grotescos, comerciantes ó rentistas, que tendrán que decidir próximamente de mi vida.

El acto que he cometido, y la cruel convicción que me ha impulsado á cometerlo, tienen sus causas originales en las circunstancias de mi matrimonio con la Sra. Aubry, en el carácter de ésta, en la educación que ella había recibido. La Sra. Aubry—entonces señorita Juana de Carnoules—pertenecía, como es sabido, á la más antigua nobleza de toga del país. Había sido